

**Notas de la académica Inés Fernández-Ordóñez leídas el 10.3.2014
en la Real Academia Española, con motivo del estreno de
«Cómicos de la lengua».**

Segunda parte

Después de paladear esta resurrección de la palabra épica, voy a explicar brevemente algunas de las características de la lengua medieval que acaba de conmovernos.

Nuestra primera impresión es que la lengua medieval “suena” diferente y es que, en efecto, poseía un conjunto de fonemas que se han perdido en el español moderno. En general, esos sonidos se conservan en otras lenguas romances, como el portugués, el catalán, el italiano o el francés, lo que hace posible que sepamos con bastante seguridad cómo se pronunciaban. Una de las diferencias más notables es la existencia de consonantes sonoras donde hoy pronunciamos una sorda: así *casa*, *cosa*, *besar*, *razón*, *dezir*, *mujer*, *ojos*, *coger* se pronunciaban con vibración vocálica y no sin ella. Otra diferencia acusada es que se conservaba, al menos en la escritura, la f- inicial que desde época moderna se ha aspirado y perdido: así, se decía *falcones*, *ferida*, *fermoso*, y no *halcones*, *herida* o *hermoso*. La lengua medieval desconocía, además, las consonantes que habitualmente identificamos por las letras zeta y jota, y en su lugar pronunciaba sonidos diferentes. *Cid* o *merced* se articulaban [ˈtsid] o [merˈtsed], y por *dejadas* o *dijo* se enunciaba *dexadas* o *dixo*. Otro rasgo que nos sorprende de la pronunciación del poema es la apócope o pérdida de la vocal final, como en *nuef*, *anoch*, *cort* o *mont*, en lugar de *nueve*, *anoche*, *corte* o *monte*.

Pero no solo la pronunciación: también la gramática difería de la moderna. Fijémonos en el nombre del protagonista de la gesta, *Mio Cid*. El adjetivo posesivo *mió*, pronunciado con bastante certeza con acento sobre la *o*, exhibe flexión de género masculino. En cambio, hoy el determinante posesivo es invariable y tanto da que preceda a un nombre masculino o femenino: la única forma posible es *mi*. Otro posesivo arcaico es el de segunda persona, *tó*. Cuando el ángel Gabriel se le aparece en sueños a Rodrigo y lo reconforta, le dice: *Mientras que visquiéredes, bien se fará lo tó*. “Mientras viváis, bien se hará lo tuyo”. Y, asimismo, el de tercera persona era *so*: hemos escuchado, *ellos e todos los sós*, esto es, “ellos e todos los suyos”.

Los pronombres personales también divergían de los que se generalizaron del siglo XVI en adelante. Los pronombres *nosotros* y *vosotros* existían, pero solo se empleaban con valor contrastivo o enfático. Las formas habituales eran, como en latín y otras lenguas romances, *nós* y *vós*. Por eso los infantes de Carrión, cuando se pavonean de su condición social, meditan: “*nós* de natura somos de los condes de Carrión”. *Vós* era además el tratamiento de respeto para un único interlocutor, de ahí que exclame el Cid al reencontrarse con el rey: *¡Merced vos pido a vós, mio natural señor!* Este tratamiento se reemplazó más tarde por *vuestra merced*, origen del moderno *usted*.

Pero no olvidemos los verbos. La flexión verbal en la Edad Media disenta en muchos aspectos de la moderna: por ejemplo, empleaba la desinencia verbal *-des* en la segunda persona del plural, hoy perdida. Dice la niña de nueve años: *Cid, en el nuestro mal, vós non ganades nada*.

La flexión de los tiempos también era distinta. Las fórmulas épicas referidas al Cid que acabamos de oír, *el que en buen ora nasco* o *el que en buen ora cinxo espada*, nos revelan que los perfectos con acento en la raíz eran mucho más abundantes que hoy, que diríamos *el que en buena hora nació* (y no *nasco*), o *el que en buena hora ciñó espada* (y no *cinxo*). Y tampoco se empleaban entonces como hoy los tiempos compuestos. Se decía *ido es a Castiella Álbar Fáñes Minaya, assí era llegado o son tornados*, porque *ser* acompañaba al pasado de algunos verbos, tal como sucede aún en francés o en italiano. En cambio, *haber* se prefería para los verbos transitivos, aquellos con objeto directo. Recordemos un verso a modo de muestra: *A los de Valencia escarmentados los han*, en el que se ve, además, cómo el participio podía concordar con el objeto directo.

En fin. En el español medieval también eran moneda corriente muchas palabras que luego entraron en desuso. Ahora nos anunciará el juglar: *Sabed que les cuntió*. Ahí vemos un verbo que hoy nos es extraño, *cuntir*, que significaba “suceder, acontecer”. Otras voces antiguas que hemos escuchado son, por ejemplo, verbos de movimiento, como *exir*, “salir”, *adeliñar*, “dirigirse, encaminarse”, o *uviar* “acudir, salir al encuentro”. Entre los adjetivos, mencionaré *sobejano* “abundante”, usado generalmente para calificar las ganancias del Cid. Hay, por último, otros términos que nos recuerdan lo importante que era el honor en la sociedad que retrata el poema, como el sustantivo *fonta* “afrenta, deshonor” o el verbo *embaír*, que significaba “avergonzar, ofender”: *Mucho·s' tovieron por enbaídos los ifantes de Carrión*. O *aviltar*, “envilecer”, verbo que, como ahora escucharemos, emplean las hijas del Cid para tratar de calmar a sus

maridos en el robledo de Corpes: *Si nós fuéremos majadas, abiltaredes a vós*, es decir, “si nosotras somos golpeadas, os envileceréis vosotros”.

La lengua del *Cantar de Mio Cid* nos retrae muchos siglos atrás, pero las diferencias gramaticales y léxicas que el tiempo ha ido introduciendo no impiden que hoy se mantenga comprensible y viva, no impiden que el *Cantar*, devuelto a su oralidad primordial, conserve toda la potencia como prodigiosa creación literaria.

Veamos ahora qué sucedió con un león que tenía el Cid enjaulado en su corte de Valencia.